

15 1-3 Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este acoge a los pecadores y come con ellos.»

Cua res ma

Jesús **no marca diferencias** entre la gente. **Acoge a todo el mundo**: a los que se mira como "gente bien", pero también a los otros: a **los cobradores de impuestos**, que están mal vistos; a **la samaritana**, que forma parte de un pueblo despreciado; a **un soldado romano**, extranjero y pagano; a todas esas **gentes impuras**, lejos de Dios, pecadores.

Surgen las críticas. Como respuesta, Jesús les propone esta parábola del hijo pródigo que más exactamente, insiste J. Jeremías, debiera llamarse **la parábola del amor del padre, o del padre amoroso**, como apunta Schökel.

11-13 Dijo: «Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

El texto es **propio de Lucas**. Utiliza un ejemplo que **ha sacado de la vida**, porque la búsqueda de libertad fuera del hogar paterno y los celos entre hermanos son problemas comunes de todas las civilizaciones y todos los tiempos.

El hijo menor nos introduce en el tema de la

convivencia, siempre difícil en el hogar a cierta edad, ante el ansia de libertad, el deseo de ensanchar el mundo, la falta de medios económicos que siente todavía los hijos dependientes de los padres y que se quiere poner fin deprisa y corriendo.

Cuando Lucas escribe: "**se marchó a un país lejano**", quiere indicar mucho más que el deseo de un hombre joven por ver mundo. "Todos hemos preferido **la tierra lejana al hogar**, nos amplía **H. Nouwen** (Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt). Dejar el hogar es mucho más que un simple acontecimiento ligado a un lugar y a un momento. **Es la negación de la realidad espiritual de que pertenezco a Dios con todo mí ser**,

El hogar es el centro de mi ser, allí donde puedo oír la voz que dice: "**Tú eres mi hijo amado, en quien me complazco**". Pero hay muchas otras voces, voces fuertes, voces llenas de promesas muy seductoras, que dicen: **sal fuera y demuestra que vales**. Esas voces del desierto le decían a Jesús que demostrara que merecía ser amado, **que merecía tener éxito, fama y poder**.

Soy el hijo prodigo cada vez que busco el amor incondicional donde no puede hallarse. Y mirando a nuestro entorno hay quien piensa que **sin Dios se puede ser más feliz**, que no es necesario creer en él.

Jesús me está contando mi vida. Yo también, con frecuencia, busco fuera lo que tengo dentro. Soy como el hijo pequeño. Quiero disfrutar de la vida, de los dones de Dios, pero sin Dios. Rechazo todo tipo de dependencia y autoridad creyendo que sin Dios es posible la vida plena, la felicidad. De ahí que ande sin norte y a tientas, vacío e insatisfecho.

14-16 «Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba.

El espacio se amplía respecto a la casa familiar, pero **los vínculos personales se debilitan** y con esa vida de despilfarro, llevada a tope, sin mirar consecuencias futuras, **el dinero se le fue como agua entre las manos**.

Le ofrecen un puesto **de pastor de cerdos**. El dueño no debía ser judío. Se resiste, siente vergüenza. Sabe que contrae impureza ritual.

Pero el hambre aprieta. Y acepta. El hambre se acompaña con la sensación de desamparo, ya que el chico se queja de que nadie le ayuda.

De esta constatación **nace un viaje interior que hace pivotar al relato**.

17-19 Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros."

Cuando se encontró deseando que le trataran como un cerdo, se dio cuenta de que no era un cerdo sino **un ser humano, un hijo de su padre**.

La confesión que prepara continúa con una declaración de indignidad: ya no merece que en su casa le traten como a un hijo.

Pero ¿hay verdadero arrepentimiento cuando su vuelta es provocada por el hambre? A Lucas eso no le interesa. Lo importante es que la luz entra en su alma, aunque sea por el camino del hambre. Vive aquello que escribiera Péguy: **la gracia de Dios es terca, si encuentra cerrada la puerta de la calle, entra por la ventana.**"

20-24 Y, levantándose, partió hacia su padre. «Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y lo cubrió de besos. El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo." Pero el padre dijo a sus siervos: "Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponéle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado." Y comenzaron la fiesta.

"El padre es el verdadero protagonista de esta maravillosa historia. El padre había respetado la libertad de su hijo pequeño. Le había dejado marchar con aparente desinterés, pero con el corazón, en realidad, destrozado. Él le conocía bien. Sabía que aquello había sido una calaverada: el muchacho no era malo. Volvería.

Y porque sabía que volvería, se pasaba las horas muertas en la ventana, fijos los ojos por el camino por el que partió.

¿Cómo pudo reconocerle en la distancia? Partió a caballo, y regresaba a pie; se fue vestido de sedas, y volvía envuelto en harapos; marchó joven y reluciente, y venía flaco y envejecido. **Nadie le hubiera reconocido. Nadie que no fuera su padre.** El, sí. Y no supo esperar, a que el muchacho

El padre que se asoma a la ventana y nos espera siempre. Con el que se puede hablar y en cuyos brazos se está seguro. El que no impone, el que nos hace libres y nos llama a la libertad. El que nos invita a ser nosotros mismos, la roca donde edificar toda una vida. El que nos invita a una fiesta sin final. **El que...El que...**

El amor del Padre no fuerza al amado. Aunque quiere curarnos de nuestra oscuridad interior, somos libres para elegir permanecer en la oscuridad o caminar hacia la luz del amor de Dios. Dios está allí. La luz de Dios está allí. El perdón de Dios está allí. El amor sin fronteras de Dios está allí. Lo que está claro es que Dios siempre está allí, siempre dispuesto a dar y perdonar. **El amor de Dios no depende de nuestro arrepentimiento o de nuestros cambios.**

25-32 Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano." El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: "Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!"

Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado."

"El hermano mayor, se hallaba en el campo. Al regresar oye la música y se enfada. **iExtraño hijo éste!** Sabe que su padre está destrozado desde que se marchó el pequeño; sabe que desde que se marchó no hay en su casa otra cosa que lamentos... y, cuando oye música y júbilo en el interior, no se le ocurre qué pueda ser aquello. ¿Es que podía haber otra causa que alegrara así a su padre? Curiosamente este hermano mayor sabía de su casa, estando en ella, menos que el pequeño en el lejano criadero de cerdos **iTuvo que preguntar!**

Y dentro de la iglesia practico más la norma que la misericordia, la distancia y rectitud que la cercanía y la ternura, como el hijo mayor. Trabajaba muy duro todos los días y cumplía con sus obligaciones, pero cada vez era más desgraciado y menos libre. No se había perdido en un país lejano, pero se encuentra perdido en su propio resentimiento.

Cuando se escuchan las palabras con que el hijo mayor ataca a su padre se ve que hay una queja más profunda. Es la queja que llega de un corazón que siente que nunca ha recibido lo que le corresponde.

Es en esta queja donde descubro al hijo mayor que hay dentro de mí. Hay un enorme y oscuro poder en esta queja interior. La condena a los otros, la condena a mí mismo, el fariseísmo y el rechazo, van creciendo más y más fuertemente.

Esta realidad del hijo mayor **¿no nos plantea cómo estamos viviendo muchos cristianos en la iglesia?** Se convive con Dios como con uno de los tantos fetiches de la existencia, sin dejarse para nada identificar o transformar por El.

Me veo reflejado en los dos hijos. Soy como el pequeño, buscador incansable de felicidad fuera del "hogar". Soy como el mayor buscando reconocimiento por mi fidelidad y obediencia a normas. Situándome siempre en clave de justicia, no de misericordia y compasión, no de amor y ternura. En clave de justicia nadie se salva.

Jesús nos ha dicho en el sermón de la llanura: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo". En esta parábola me ha contado cómo es Dios, no solo para mostrarme lo que Dios siente por mí, sino para invitarme a ser como Dios y para que sea tan misericordioso con los demás como lo es El conmigo. Estoy destinado a entrar en el lugar del Padre y ofrecer a otros la misma compasión y ternura que El me ofrece.

llegara a arrojarse a sus pies. Cualquiera lo hubiera hecho. Salió corriendo con toda la prisa que le permitían sus piernas y sus pulmones, abrazó a su hijo antes de que él pudiera pensar en abrazarle. Y le cubrió de lágrimas y besos. Mientras el arrepentimiento anda a su lento paso, **la misericordia corre, vuela, anticipa el perdón, manda por delante la alegría.**

El evangelista nos pinta de maravilla la implicación del padre, a través de los sentidos y órganos, su donación total:

- Sus ojos: "estando lejos, lo vio".
- Su hondo interior: "se conmovieron sus entrañas"
- Sus pies: "corriendo".
- Sus brazos y sus manos: "se echó sobre el cuello".
- Sus labios: "lo cubrió de besos".

Y, naturalmente se encolerizó al enterarse. ¡Aquello no era justo! **La santa justicia subió a sus labios para disimular su sucia envidia.** ¿Envidia? Si, sus palabras posteriores la rezuman

Y no quería entrar. **Es la "rabieta" de los "justos".** ¿Cómo iba mezclarse con semejante tipo? **Y también a éste salió a buscarle el padre.** Porque él recibe no solo al que viene hacia la casa, sino también al que se niega a venir.